UN TRABAJO INESPERADO



B. BORDOY BARCELÓ

Un trabajo inesperado

B. Bordoy Barceló



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, físico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y del editor. Todos los derechos reservados.

Un trabajo inesperado
B. Bordoy Barceló
Ilustraciones interiores y portada: Alejandra Hg

1. ¿Por qué te persiguen?

La cantina empezaba a llenarse rápidamente. Gran parte de los trabajadores de la estación espacial de Pykek habían terminado su jornada laboral y muchos habían decidido gastar parte de su sueldo diario en refrescar sus extenuadas gargantas. Al fondo de esta, un grupo de músicos tocaba sus instrumentos intentando ahogar los gritos y las voces en una decena de idiomas que se escuchaban a lo largo de todo el lugar. Enormes pantallas, colocadas y aseguradas en sitios donde no pudieran ser arracadas por los clientes, mostraban diversos canales, todos con deportes violentos en los que la sangre era el plato principal.

Paken, una lagartija bípeda originaria del planeta Ohks, se deslizaba entre las mesas tratando de que nadie pisara su cola escamada, que se movía de un lado a otro. No tardó en llegar a una de ellas, donde un humano bebía tranquilamente una copa que contenía un líquido burbujeante y verdoso. El reptil lo observó por un momento; vestía una camiseta roja bajo un chaleco oscuro repleto de bolsillos que se complementaba con los pantalones grises que portaba y que tenían dos grandes rayas de color a los lados. Su piel tenía un tono tostado y poseía un rostro amigable. Aunque, como pudo comprobar el lagarto, sus ojos mostraban una inteligencia y frialdad no muy propias de alguien afable.

—Mi jefe no está contento contigo, Vhan —anunció Paken, sentándose frente al hombre.

Este dejó el vaso sobre la mesa y miró a su interlocutor. Una ligera sonrisa asomó en su rostro al ver su vestimenta. A pesar de las coloridas luces de la cantina, los colores chillones del traje calorífico ohksiano que llevaba para mantener su temperatura corporal, destacaban sobre todas ellas.

—¿Has traído mi dinero? —Espetó Vhan, recolocándose en el asiento.

—Sí, la mitad de lo que acordamos —explicó, lanzando frente a este una pieza de metal brillante, de diez centühns de largo y de un dedo de grosor—. Es lo que Bax ha dicho que te merecías por tu trabajo.

—¿¡Estás de coña!? —Gritó colérico, haciendo que algunos de los seres de las mesas vecinas lo miraran por un segundo. El humano, al darse cuenta del error, volvió a bajar el tono—. Acordamos diez mil créditos por traeros la mercancía.

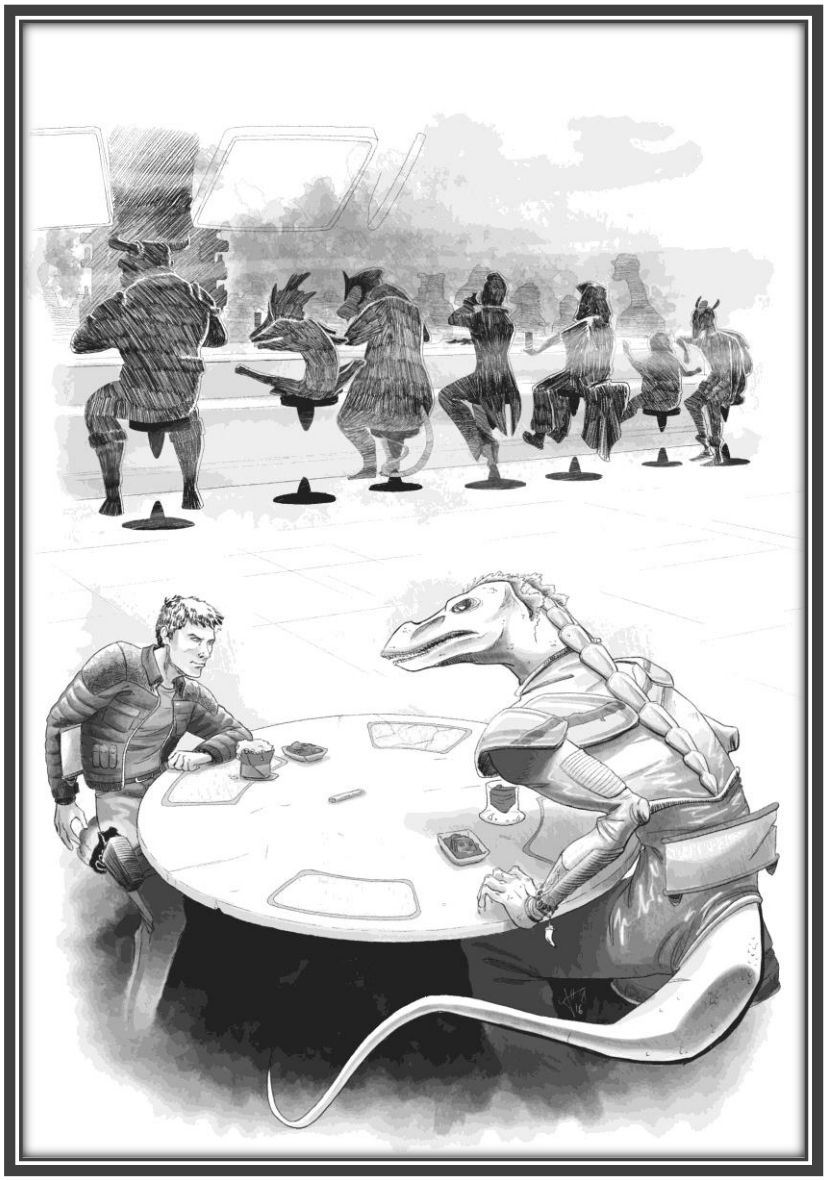
—Pero trajiste la mitad. Creo que el resto lo lanzaste al espacio sideral, ¿no es así? —Inquirió la lagartija al tiempo que sacaba su sonrosada lengua y se la pasaba por uno de los ojos. Vhan hizo una mueca de asco antes de bajar la mirada, incómodo ante aquella cualidad propia de los ohksianos.

—Esto no me basta ni para reparar la nave. Si alguien me hubiera dicho que los de la Garra Roja estaban detrás de vuestros productos habría sido un buen detalle —comentó con malestar mientras agarraba la bebida de nuevo y se la terminaba de un trago—. Además, es mejor la mitad de algo que nada.

—No es nuestro problema, humano. Tú eres el que aceptaste el trabajo y nos prometiste que serías capaz de traernos todos los suministros que te entregaron. Sabías que no se trataba de un simple paseo por el espacio o, sino, es que eres un completo

estúpido —respondió este, escupiendo aquellas palabras—. Creía que eráis profesionales y comprendíais en lo que os estabais metiendo. Da gracias de que Bax es generoso y os paga por la parte que sí nos habéis entregado. Si hubiera sido por mí, no os habría dado ni un mísero crédito.

—Ya sé que estas operaciones son peligrosas, pero si hubiera sabido que ellos podían aparecer os hubiera pedido el doble.



—Si no estás contento con este dinero, me lo llevaré —anunció Paken al tiempo que tendía sus largos dedos hacia la pieza de metal.

—¡Las manos quietas! —Le interrumpió Vhan, sacando con rapidez la pistola que llevaba en la pernera del pantalón y apuntando al lagarto, que se detuvo al instante mientras parpadeaba, primero con un ojo y luego con el otro—. Eso es mío.

—¿Así que ahora aceptas el pago? —Preguntó este al tiempo que dejaba entrever una larga hilera de dientes blanquecinos en un lado de la cara. Como si tratara de sonreír igual

que un humano a pesar de que sus facciones no estaban preparadas para hacerlo—. Al final eres un mercenario como el resto.

—Esto es mejor que nada. Lo necesito para mi nave —concluyó él, haciendo caso omiso a aquel último comentario, agarrando el metal y llevándoselo al bolsillo—. Pero dile a tu jefe que no habrá próxima vez. No si me vuelve a ocultar información. Y menos si luego no quiere pagarme lo acordado.

—Deberías recordar tu posición en esta galaxia, humano, ¿o es que la has olvidado?

El lagarto se recostó en el asiento, dejando que sus palabras hicieran eco en la mente de Vhan mientras jugueteaba con la pulsera de cuentas de madera que llevaba en la muñeca izquierda y de la que colgaba un colmillo. Estaba disfrutando.

—Bax se compadeció de ti y te dio una oportunidad por la que otros, mucho mejores que tú, habrían matado. ¿Y qué es lo que haces? Quejarte. Aun habiendo fallado en tu misión te atreves a pedir más de lo que se te ha dado. Tendrías que estar agradecido de que aún se te permita respirar, pues, por alguna extraña razón, le caes bien a mi jefe. Pero tu suerte puede acabar, y sabes perfectamente que son pocos los que contratan a humanos para este tipo de trabajos. A no ser que quieras probar suerte en las minas de gas de Mojen, como uno más de esos esclavos que no duran ni un año debido a los latigazos y al aire tóxico.

El humano miró con furia al reptil. A pesar de que sentía cómo el dedo que tenía sobre el gatillo palpitaba con fuerza intentado cerrarse sobre este, no se lo permitió. Sabía perfectamente que no iba a conseguir nada si decidía descargar su arma contra la cabeza de aquella criatura.

—¡Qué te den! —Gritó Vhan con fiereza—. Me importa una mierda lo que un puto lagarto como tú pueda decirme. Vamos, vete de aquí antes de que te pegue un tiro y tu jefe tenga que limpiar tus sesos de las paredes.

—Esto no acabará así, sucia escoria humana. —Paken escupió en el suelo antes de levantarse de su asiento y mirar por última vez al mercenario—. No pienso olvidar lo que has hecho hoy. Ya sabes qué es lo que les pasa a los que me amenazan a mí o a Bax.

El mercenario se quedó sentado, apuntando al espacio vacío que tenía ahora frente a él, observando cómo Paken se alejaba de la mesa, entremezclándose con el resto de los presentes. Suspiró con fuerza mientras volvía a enfundar el arma. Sabía que las últimas palabras del lagarto eran totalmente ciertas, aquel acto le iba a acarrear problemas. Desafiar a uno de los comandantes de Bax, el mafioso que dominaba todo el sector, tenía consecuencias funestas para cualquiera lo suficientemente loco para hacerlo. Ni siquiera las fuerzas del orden se atrevían a intervenir en sus negocios, pues muchos eran los que habían probado su dureza y crueldad. Aunque Paken le hubiera dicho que por ahora tenía su favor, estaba seguro de que necesitaba alejarse de la estación y de los dominios de aquel ser durante un tiempo. Al menos, hasta que todo se hubiera relajado de nuevo y pudiera volver a presentarse frente a él como un mercenario más y no como un hombre que se dirige hacia el patíbulo.

Vhan abandonó la cantina tras haber tomado otra copa más para bajar los nervios que recorrían su cuerpo. Aquella mezcla de temor y ebriedad le hacía tambalearse mientras recorría los pasillos de la estación en dirección al hangar, donde se encontraba su nave.

No sabía muy bien cuánto tiempo había pasado deambulando entre los corredores de la estación cuando, desde uno de los pasillos laterales, apareció una joven que se abalanzó sobre él a toda velocidad, cayendo los dos contra el suelo metálico.

—¡Cuidado! —Gritó Vhan al tiempo se llevaba una mano a la cabeza dolorida y miraba a su agresora, una humana de unos treinta años, o incluso menos.

—¡Ayúdeme, me persiguen! —Exclamó ella con rapidez, aferrándose al chaleco de piel y haciendo que él la arrastrara al levantarse, quedándose de pie, uno frente al otro.

—¿Quién te persigue? —Preguntó el mercenario, agarrándola por los hombros para tratar de tranquilizarla.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que sus ropas estaban llenas de sangre. La alejó para ver si estaba herida, pero no distinguió ningún corte o lesión y comprendió al instante que pertenecía a otra persona.

—¿Qué ha pasado?

Antes de que la mujer pudiera responder a aquella última pregunta, una portentosa voz procedente del final del pasillo y con un duro acento, la interrumpió.

—¡Tú, humano!

A pesar de la larga melena cobriza y oscura que ocultaba parte de su rostro, el mercenario pudo comprobar cómo sus ojos, de un color verde intenso, mostraban un auténtico terror al escuchar aquella voz. La joven se agarró con más fuerza que antes al torso de Vhan, temblando. El mercenario se quedó mirándola por un segundo, sorprendido al ver su reacción, antes de volverse hacia las dos criaturas que se acercaban a ellos.

Pudo reconocerlos al instante; el de la izquierda era un balnir, un ser humanoide con una piel de color añil y con diversas púas en la cabeza a modo de pelo. Aunque se encontraba a cierta distancia, pudo distinguir los dos largos y característicos incisivos que sobresalían por debajo de sus labios finos y de un color más oscuro.

El otro era un scroc, un pariente evolucionado de las ranas, que poseía unos grandes ojos saltones de color naranja y que llevaba un bulboso collar repleto de un líquido verdoso usado para que la piel de aquella especie nunca se resecara.

Pese a que aquellos seres intentaban ocultarlo, Vhan pudo comprobar que iban armados. El ser azulado llevaba una pistola en la pernera del pantalón, muy similar a la suya, y el anfibio tenía la empuñadura de un cuchillo sobresaliendo de su bota derecha. Esta brilló por un instante al pasar por delante de una de las luces del corredor.

—Esa mujer es nuestra, entréganosla —ordenó el anfibio.

—Por favor, ayúdeme, han matado a mi familia —rogó la mujer entre sollozos, aferrándose más a él.

—¿Es que estás sordo, estúpido mono sin pelo? —Preguntó irritado el de los cuernos al ver que el humano no había obedecido a su compañero al instante.

—Danos a la humana y no te pasará nada —Explicó el otro, cogiendo el cuchillo de su bota y jugueteando con él para que Vhan entendiera las consecuencias de no hacer lo que le decían.

—¡No dejes que me lleven, por favor! —Suplicó ella entre lágrimas, buscando en aquel hombre su salvación.

—No parece que quiera venir con vosotros —comentó Vhan, moviendo lentamente a la mujer hasta dejarla detrás de él—. ¿Qué ha hecho? Si es un asunto de dinero yo puedo…

—¡A ti no te incumbe, maldita escoria humana! —Espetó el ser azulado, sacando con furia el arma y colocándola tan cerca del rostro del mercenario que este pudo ver la sobrenatural oscuridad que habitaba su interior—. Entréganos a la mujer y podrás salir de aquí con vida.

—Tranquilos, no quiero problemas —anunció el mercenario con lentitud. Todos los vapores del alcohol se habían disipado y su mente estaba totalmente despierta. Miró a la cara a los dos seres que tenía frente a él para medir lo lejos que estaban dispuestos a llegar. No cabía duda de que iban a hacer todo lo necesario para conseguir a la mujer—. Pero sé muy bien que no podéis llevaros a esta joven sin más, debéis tener una orden de captura o las pruebas de que haya incumplido una ley o cometido algún crimen.

—Ya me he cansado de este estúpido humano —anunció la rana, lanzándose contra él con el cuchillo por delante.

Vhan esquivó el ataque al tiempo que lanzaba su puño contra el rostro del scroc, que impactó con fuerza. Una húmeda e irritante sensación envolvió su mano al golpear la piel del anfibio. Su compañero, sorprendido ante su rápida reacción, trató de apretar el gatillo, pero era demasiado tarde. El hombre agarró su brazo y le hizo errar el tiro.

Con un débil zumbido, el proyectil de plasma emergió del arma e impactó contra la pared metálica del corredor, dejando una gran marca de quemadura y haciendo que la joven, asustada, se agachara y se llevara las manos a la cabeza.

Los dientes puntiagudos de aquel ser asomaron por debajo de sus oscuros labios mientras trataba de zafarse del fuerte agarre del mercenario, que ya había lanzado un golpe contra sus costillas. El balnir se dobló por la mitad debido a la fuerza del puñetazo y Vhan aprovechó ese mismo instante para lanzarle un duro rodillazo contra la cabeza. La nariz se rompió con un intenso crujido, que resonó a lo largo del pasillo, cayendo de espaldas inconsciente y con el rostro lleno de sangre de color amarillento.

—¡Maldita sea! —Exclamó el humano mientras agitaba su mano derecha, totalmente roja y con unas pequeñas ampollas que empezaban a aparecer por toda la zona. Miró a la mujer, que seguía agachada en un rincón del pasillo—. ¿Estás bien?

La joven alzó la cabeza para mirar a su salvador, quien, con una gran sonrisa, le tendía una mano para ayudar a levantarse. Dudó por un segundo, pero asintió y la aceptó.

Antes de que alguno de los dos pudiera decir nada, una bola de plasma pasó entre ambos y se estrelló contra la pared de la estación. Vhan se volvió rápidamente, sacando su pistola y descargándola contra un grupo de cuatro seres que se movía a pasos agigantados por el pasillo, todos provistos con aquellas peligrosas armas de energía.

—¡Hay que correr! —Gritó mientras tiraba de la joven.

Las voces de los perseguidores, el impacto de los proyectiles y los fuertes pasos de todos ellos creaban una intensa melodía que se extendía por el corredor y los alrededores. Los residentes de la estación se afanaban en cubrirse o esconderse de aquel caos, tratando de no resultar heridos por el fuego cruzado.

—¿A dónde vamos? —Preguntó la joven con voz temblorosa y entrecortada debido al esfuerzo de mantener el ritmo de Vhan.

—A mi nave, hay que salir de aquí cuanto antes —explicó este mientras giraban y se adentraban en una nueva galería. El mercenario disparó su arma para ralentizar el paso de sus perseguidores antes de soltar a la mujer y así poder deslizar la manga derecha de la chaqueta, dejando a la vista la muñequera digital que llevaba. Apretó un botón con el dedo índice—. Tidux, ¿me oyes?

—Sí, ¿qué pasa? —Interrogó una voz enérgica y con un tono ligeramente artificial—. ¿Eso que oigo es lo que creo que es?

—No es momento para explicaciones, enciende los propulsores y estate preparado para partir en cuanto lleguemos, vamos a necesitar salir pitando de aquí.

—¿Lleguemos?

—¡Haz lo que te digo! —Gritó antes de cortar la comunicación y girarse para descargar su arma de nuevo.

—¿Con quién hablabas? —Preguntó la mujer al ver cómo terminaba aquella conversación a través del comunicador de muñeca.

—Mi copiloto. ¡Vamos, si puedes hablar, puedes correr más rápido! —Exclamó este, agarrando de nuevo su mano y tirando de ella.

Fue en ese momento que distinguió una gran tubería con una señal de peligro. Con un rápido movimiento del arma, la hizo estallar con uno de sus proyectiles. Una gran nube de vapor caliente inundó el pasillo, bloqueando el paso al resto de seres que les seguían.

—¡Corre, ya no estamos lejos!

Las pesadas y desgastadas puertas de acero se abrieron dejando ver el enorme hangar que ocultaban. Los dos humanos atravesaron el umbral y avanzaron hasta quedarse sobre la plataforma suspendida desde la que podían ver todo el piso inferior, donde descansaban la gran mayoría de las naves de la estación espacial. No había manera de saber cuántas eran, pues a cada minuto decenas se alzaban y otras muchas se posaban en aquel inmenso espacio como si de una ensayada danza se tratara. El ruido de los motores al encenderse, así como las voces de los técnicos, mecánicos, ingenieros y comerciantes que se movían a su alrededor creaban un zumbido ensordecedor. Había todo tipo de vehículos; desde algunos polvorientos que podían considerarse simples trozos de chatarra, hasta otros recién sacados de los astilleros espaciales y que aún relucían bajo la iluminación de los focos.

A pesar de que la mayoría de las naves espaciales de la estación tenían carácter civil: recolección de chatarra, comercio y transporte, mantenimiento o extracción de gas y minerales, en muchas de estas se podían distinguir cañones de plasma o torretas de

proyectiles en su fuselaje. Incluso las más grandes poseían bahías de misiles y láseres de alta potencia. Todos los pilotos sabían que el espacio podía ser peligroso y mortífero para cualquiera que no estuviera preparado; y esas armas les daban la protección que necesitaban para poder realizar su trabajo de manera más segura.

—Parece que les hemos despistado —comentó Vhan mientras recuperaba el aliento y miraba al pasillo para asegurarse de que no les perseguían. Se volvió hacia el hangar y escudriñó el lugar durante un largo minuto hasta que señaló una de las naves que descansaban en el piso inferior—. Ese es nuestro transporte, vamos, cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

La mujer siguió aquel dedo hasta el punto que el mercenario había marcado y sintió cómo su corazón se encogía al ver el estado en el que se encontraba aquel vehículo. Gran parte de la pintura había desaparecido, dejando a la vista en muchos puntos el metal que había debajo de la capa de índigo que lo cubría por entero. Las líneas de color anaranjado que perfilaban las zonas más prominentes de la estructura también se habían borrado casi por completo bajo los impactos de los proyectiles y las marcas de quemadura. A pesar de ello, aunque no sin cierta dificultad, se podían distinguir las palabras Estrella Oscura escritas en negro. Por otro lado, las alas no parecían tener mejor aspecto, pues una de ellas tenía un agujero que dejaba a la vista el doble casco, del que saltaban chispas.

—¿Esa, esa es tu nave?

—Si quieres quedarte aquí, tú misma, pero yo me voy. —Le dijo Vhan al escuchar el tono con el que había hablado su acompañante. Agarró la escalera de metal que llegaba al piso inferior y se deslizó por ella, haciendo que chirriara a medida que descendía.

Ella le miró desconcertada; no sabía si debía seguir a aquel desconocido o escapar por otro lado ahora que habían conseguido despistar a sus perseguidores. En ese momento, mientras se debatía en qué elección tomar, el estruendoso zumbido de un arma de plasma la devolvió a la realidad. Aquellos seres los habían encontrado de nuevo. Acababan de salir por otra de las puertas de la plataforma y descargaban sus armas contra Vhan, que se había parapetado tras unas cajas, devolviendo los disparos.

—¿¡Qué decides!? —Gritó Vhan con fuerza desde detrás de su cobertura para hacerse oír sobre el resto de los sonidos que ocupaban el hangar.

Inspiró fuertemente, agarró la escalera y comenzó a bajar con rapidez a medida que sentía cómo los proyectiles pasaban a su alrededor. Cerró los ojos mientras seguía descendiendo, oyendo el crepitar del plasma al atravesar el aire y el aroma característico que dejaba y que se incrustaba con fuerza en su cerebro.

De pronto sintió cómo alguien la agarraba por la cintura, haciendo que soltara un grito antes de darse cuenta de que se trataba de Vhan, que intentaba ayudarla a bajar los últimos peldaños. El mercenario siguió disparando contra sus enemigos al tiempo que la empujaba en la dirección que le había indicado anteriormente.

Los dos avanzaban entre las naves, haciendo que las gentes que inundaban todo el hangar se escabulleran para no resultar heridas en aquel tiroteo.

—¡Tidux, abre la maldita puerta! —Gritó el humano al llegar junto al vehículo, cubriéndose tras este antes de lanzar una nueva ráfaga contra sus enemigos, que ya descendían desde la plataforma superior a través de los ascensores de carga.

—¿La contraseña? —Preguntó con cierta melodía una voz a través del comunicador de muñeca de Vhan.

—No estoy para bromas, ¡abre de una maldita vez! —Ordenó este, descargando su arma contra uno de los perseguidores.

—El otro día, cuando yo estaba fuera, me dijiste que esto era divertido…

La voz, ligeramente ofendida, enmudeció antes de que la puerta de la bodega de carga chirriara e iniciara su lento descenso hacia el hangar. Al mismo tiempo, Vhan comprobaba cómo aquellos seres se acercaban rápidamente a ellos, tomando posiciones. Los segundos se hacían eternos mientras intentaba contenerlos, disparando contra todo lo que se moviera hacia ellos.

De pronto, cuando la compuerta golpeó el suelo, un proyectil salió del interior de la nave e impactó contra una de las coberturas que usaban los perseguidores, alzándose una gran columna de fuego y haciendo que todos los presentes se agacharan aún más en sus respectivos escondites.

—¡Eso, agachaos u os quemaré el culo! —Exclamó una voz procedente de la parte superior de la rampa—. ¡Vamos, yo os cubro!

—¡Corre, sube! —Ordenó a la mujer.

A pesar del miedo que sentía en aquel momento, pasó agachada alrededor del mercenario mientras él seguía descargando su arma para cubrirla. Subió casi a gatas hacia el interior de la bodega de carga cuando se dio cuenta de que había alguien más ahí, frente a ella. Era un robot.

Alzó lentamente la mirada para contemplarlo. Había visto algunos a lo largo de su vida en la estación, pero aquel le provocó una extraña turbación. Medía dos ühns de alto, más de uno de ancho y gran parte de su desgastado cuerpo metálico estaba protegido por placas cerámicas del mismo color anaranjado que la nave. Con un ligero zumbido movió el gran fusil de fusión que tenía entre las manos y disparó de nuevo, iluminando por un segundo aquel cuerpo artificial y dejando que el arma escupiera su ráfaga mortal contra los que la perseguían.

—¡Vamos, olvídate de ellos y salgamos de aquí! —Gritó Vhan, que había subido la rampa tras la mujer y ahora corría hacia la cabina de mando.

—¿Quién es, un nuevo ligue? —Preguntó Tidux, bajando el arma y analizándola con sus ojos robóticos.

Esta le devolvió la mirada, sorprendida ante el rostro que tenía frente a ella. La mayoría de los androides que había visto no tenían unos rasgos definidos, pero aquel sí que los poseía. A pesar de que no tenía nariz o pelo, sus facciones demostraban que había sido construido a imagen y semejanza de los humanos.

—¡Deja de tocarme los huevos y ven aquí! —Exclamó el mercenario, saltando sobre su asiento y apretando una secuencia de botones para cerrar la puerta trasera y preparar los propulsores.

—Sígueme —rogó el robot, que ya había comenzado a deslizarse a través de la bodega de carga con fuertes pasos.

—Siéntate ahí, agárrate bien, no digas nada y ni se te ocurra tocar ninguno de los botones que ves —pidió Vhan, señalando el asiento que había detrás del de copiloto, dónde se situaba una consola repleta de interruptores y diversos monitores.

Ella asintió mientras veía cómo Tidux, que ya se había colocado en el de delante, comprobaba los indicadores y las pantallas. Súbitamente, uno de los proyectiles enemigos impactó con fuerza sobre la nave, haciendo que agachara la cabeza.

—¡Malditos desgraciados, si siguen disparando vamos a explotar! —Exclamó, tirando de las palancas y haciendo que la nave alzara el vuelo, elevándose sobre el resto del hangar—. ¡Vámonos!

La Estrella Oscura se alejó a toda velocidad de los disparos de sus perseguidores, acercándose al escudo de energía que protegía el hangar del espacio exterior.

—¿Destino? —Preguntó el copiloto al tiempo que introducía un código de seguridad en la computadora para poder atravesar aquella protección sin problemas.

—Las Lunas de Medic, ahora mismo necesitaremos escondernos durante un tiempo —respondió el capitán—. Creo que ahí estaremos a salvo.

Antes de que terminara de hablar, el espacio les rodeó, sepultándolos en una atmosfera oscura, fría y sin ruido, dejando únicamente el sonido del propio motor y las vibraciones que llegaban hasta ellos desde la sala de máquinas. Vhan buscó a través de los cristales, y a medida que se alejaban de la estación espacial, alguna señal de peligro entre la gran cantidad de naves que se movían a su alrededor, surcando el cosmos.

—Creo que ya nos hemos alejado lo suficiente de las rutas de tránsito para saltar —anunció el mercenario poco tiempo después.

—Muy bien, estableciendo las coordenadas… —indicó Tidux, activando los paneles de control—. Lunas de Medic fijadas. Saltando en, tres, dos…

—Agárrate —intervino Vhan, dirigiéndose a la mujer.

—Uno, saltamos —informó el robot al tiempo que accionaba la palanca, pero no pasó nada.

—¿Pero qué, por qué no hemos saltado? —Preguntó Vhan, mirando las estrellas circundantes.

—Habrá algún cortocircuito en los relés de propulsión. Estaba revisándolos cuando me has llamado y has dicho que lo preparara todo para partir —explicó este, comprobando los datos que aparecían en la pantalla.

—Pues hay que arreglarlo cuanto antes —anunció el humano, desabrochándose el cinturón y levantándose de un salto.

Fuertes golpes y algunas maldiciones salían desde el interior de la sala de máquinas mientras Vhan trataba de hacer funcionar el sistema de salto de la nave. De pronto, las luces se apagaron, dejándolo todo a oscuras.

—¡Maldita mierda de nave! —Gritó este, golpeando con su martillo uno de los paneles de control—. El día que tenga dinero pienso convertirte en una montaña de chatarra y comprarme una nueva que no me dé tantos problemas.

Como si esta hubiera hecho caso a las amenazas del mercenario y a los golpes recibidos, la luz volvió a encenderse. Los paneles de la cabina recuperaron la energía, iluminándose con diversos colores al tiempo que la imagen holográfica del radar volvía a la vida y mostraba un grupo de señales que parpadeaban, aproximándose al punto central, que tenía una forma muy parecida a la nave en la que se encontraban.

—¿Qué es eso? —Preguntó la mujer al tiempo que señalaba con el dedo el radar, haciendo que el robot se volviera hacia este.

—¡Tenemos compañía! —Gritó Tidux a través de los altavoces internos—. Dos contactos. Tipo dos. Acaban de salir de la estación y vienen directos hacia nosotros.

—Lo que nos faltaba —masculló Vhan, alzando la cabeza de los relés y quitándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Dos minutos, quizá menos.

—Muy bien, voy a tratar de puentear el sistema. Si eso no funciona, estamos condenados.

Todo quedó en completo silencio, solo el sonido de las herramientas y del radar rompían la quietud que invadía la nave. De improviso, esta se zarandeó de un lado para otro, haciendo que Vhan se golpeara contra la pared.

—Eso ha sido un disparo, los tenemos encima.

—Gracias, no me había dado cuenta —respondió el humano, apretando los dientes por el dolor y comprobando que no se había abierto la cabeza con el golpe. Colocó de nuevo los contactos que había quitado al tablero de control y una luz le indicó que la energía volvía a circular a través de este—. ¡Creo que ya está, prueba ahora!

El androide revisó las pantallas y comandos, comprobando que los indicadores que antes parpadeaban sin cesar ahora estaban en verde, listos para realizar su función.

—¡Afirmativo, están operativos!

—Entonces inicia el salto, voy hacia la cabina.

—Entendido —confirmó, recolocando y encendiendo todos los conmutadores e interruptores que había tocado mientras su compañero estaba en la sala de máquinas antes de sentarse de nuevo—. Preparando salto interestelar en, tres…

Vhan atravesó la cabina y cayó sobre su asiento.

—Dos…

Se abrochó el cinturón mientras otro impacto sacudía la nave.

—Uno…

—Funciona por favor —rogó el humano.

Las estrellas se difuminaron al tiempo que se creaba una enorme nube de un color purpúreo en forma de embudo que los arrastraba hacia su interior. De pronto, una fuerte sacudida les indicó que habían logrado escapar de sus enemigos y que ya viajaban a una velocidad muy superior a la de la luz.

—Lo logramos —dijo Vhan, recostándose en su asiento y soltando un profundo suspiro de alivio. De pronto, una idea brotó en su mente, haciendo volverse hacia la joven—. ¿Te encuentras bien, te han herido?

Ella negó con la cabeza al tiempo que sus ojos se fijaban en la mano del mercenario, que se había hinchado hasta tener un tamaño dos veces mayor que el habitual. Él, al darse cuenta, trató de esconderla en el asiento.

—No es nada. Esto pasa cuando golpeas a un scroc, su piel es irritante.

—¿Te has peleado con un scroc? —Preguntó Tidux, volviéndose hacia su compañero—. Bax no estaba contento, ¿eh? Te lo dije.

—No, bueno sí, estaban cabreados con nosotros. Paken solo me ha entregado la mitad de lo acordado. Según dicen, no hemos cumplido con el trato y solo conseguimos entregarles la mitad de la mercancía.

—Es lo más lógico. Si entregamos la mitad que se nos pague la mitad —comentó el robot, sin advertir la mirada de incredulidad de su compañero—. Pero eso no nos basta ni para cubrir los gastos. La nave ha sufrido bastante con este último viaje.

—Lo sé. Tendremos que ver qué hacemos, porque he tenido un pequeño encontronazo con Paken.

—Define pequeño —inquirió Tidux, sabiendo de sobra lo que significaban aquellas palabras.

—Le he apuntado con la pistola —dijo, tratando de sonreír.

—¿Cómo conseguiremos más dinero si apuntas al único que nos ha dado un trabajo en más de cuarenta días?

—Bueno, saldrá algo, ya lo verás.

—Entonces, ¿el scroc?

—Ha sido después, volvía hacia la nave cuando me he chocado con ella. El scroc y un balnir la perseguían. —La mujer asintió con lentitud, afirmando las palabras de su salvador—. Me he enfrentado a ellos y luego ha aparecido otro grupo que ha empezado a dispararnos, aunque supongo que todos estaban juntos. Y ahora que estamos algo más tranquilos —anunció al tiempo que se volvía de nuevo hacia la mujer—, ¿por qué iban detrás de ti?

Ella no dijo nada, se limitó a encogerse en el asiento, aún nerviosa por todo lo que había pasado.

—Bueno, no pasa nada, esos ya no te harán daño —dijo él al tiempo que una idea brotaba en su mente—. Ahora que lo pienso, con la huída y los disparos no nos hemos presentado. Me llamo Vhan, y este de aquí es Tidux. Somos… ¿Cómo lo diría? Trabajadores bajo demanda.

—Vaya manera menos creíble de decir que somos mercenarios —espetó el robot.

—No ayudas, Tidux —comentó Vhan, negando con la cabeza—. Es cierto, somos mercenarios, pero somos los buenos. Te hemos ayudado, ¿no? —La mujer asintió, ligeramente cohibida ante la mirada de aquel hombre—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Gesandaryan, como la estrella del sistema, pero mis amigos me llaman Ges.

—Ges —repitió el humano, dejando que una ligera sonrisa de victoria aflorara en su rostro al conseguir que hablara—. Antes, cuando nos conocimos, me dijiste que habían hecho daño a tu familia, ¿verdad?

No fue necesaria ninguna respuesta por su parte. Sus ojos confirmaron aquellas palabras, tornándose vidriosos en un instante.

—¿Sabes por qué?

—No —respondió con lentitud—. Había salido a comprar comida al mercado de la estación cuando, al entrar en casa, me encontré a mis padres en el suelo… —Su voz se entrecortó, dejando que las primeras lágrimas recorrieran su rostro.

—Lo siento.

—Cuando… Cuando me acerqué para ver qué había pasado, esos dos se abalanzaron contra mí. Me estaban esperando en otra habitación. Forcejeamos durante un momento. No recuerdo cómo lo hice, pero escapé. Huí a toda prisa de la casa, pero no conseguí despistarlos.

—No pude reconocerlos, no me suena haberlos visto en ninguna otra ocasión —informó Vhan al robot—. Seguro que eran tratantes de esclavos de algún sistema cercano. Es algo muy habitual y que sucede en muchas estaciones en las que viven humanos. Grupos organizados, como el que te perseguía, que se adentran en las colonias y secuestran a mujeres y niños para luego venderlos en el mercado negro como esclavos.

—Sí, posiblemente estos seres se encontraron con tus padres y, para que no les delataran, los mataron —confirmó Tidux al tiempo que recibía una dura mirada por parte del capitán al abordar el tema de aquella manera.

—¡Hay que recurrir a las autoridades, eso es un acto criminal! —Exclamó Ges con furia, apretando los puños y haciendo que los nudillos se tornaran blanquecinos.

—Por desgracia, nadie hará nada al respecto. Esto es lo que pasa cuando nuestra raza no tiene ni voz ni voto en el Gobierno Galáctico. Simplemente somos unos meros refugiados sin lugar en la galaxia. Muchos nos ven como simples criaturas de las que pueden sacar un beneficio.

Los sollozos de la joven se intensificaron, haciendo que se llevara las manos a la cara para ocultar las lágrimas que discurrían rápidamente por sus mejillas.

—No te preocupes, Ges, ya estás a salvo. Ahora no te cogerán. —Trató de consolarla el mercenario. Quería hacer que dejara de llorar y que se recuperara, pero no sabía cómo proceder.

—Estaban ahí tirados. No habían hecho daño a nadie…

Súbitamente, las luces de la cabina parpadearon antes de que una estridente alarma resonara por toda la nave, sobresaltandoles.

—¿Qué pasa, Tidux? —Preguntó Vhan al tiempo que se giraba de nuevo hacia los controles.

—Lo que tenía que pasar. La nave no estaba para hacer un salto en estas condiciones. El motor se está sobrecalentando. Debemos detener el salto ahora mismo y dejar que todo se enfríe o explotaremos en mil pedazos.

—¡Maldita sea! Está bien, páralo todo —ordenó el capitán con resignación antes de que una idea brotara en su cabeza—. ¿No vamos a chocar contra nada, verdad?

—Negativo, no hay nada alrededor, estamos en un sector totalmente vacío —comentó el robot al tiempo que revisaba las cartas estelares en uno de los monitores.

—Dejaremos que el motor se enfríe mientras nosotros hacemos un chequeo a la nave. ¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que puedan encontrar nuestro rastro?

—No creo que mucho. Una hora, tal vez un poco más.

—Muy bien, debemos parchear todo lo que podamos y continuar el viaje en cuarenta minutos. —Pulsó un par de botones de la pantalla que tenía frente a él y se volvió hacia su compañero metálico. En el proyector holográfico apareció una pequeña parte de la galaxia circundante—. No estamos muy lejos de Rhesa. Seguro que Heilen podría conseguirnos las piezas que necesitamos y reparar la nave en el planeta. Luego, solo tendríamos que escondernos en las Lunas durante un tiempo, hasta que se relajen las cosas con Bax y los tratantes de esclavos.

—Me parece un buen plan. Necesitamos recambios para arreglar de nuevo la Estrella Oscura. Pero, ¿qué quieres hacer con la mujer, pretendes llevarla con nosotros a las Lunas? —Preguntó Tidux, levantando el brazo y señalándola con el pulgar. Ges tragó con dificultad y miró al capitán, curiosa y temerosa de lo que podía decir. Sabía que su futuro dependía de lo que este decidiera.

—Bueno, podríamos dejarla en Rhesa. Dudo mucho que esos hombres sigan buscándola ahí. Además, seguro que si le pedimos ayuda a Heilen nos echará una mano.

—¿Quién es ese hombre? —Inquirió ella con un hilo de voz.

—No es humano, es un carnak —explicó Vhan—. Tiene un taller de reparación de naves y, aunque es un poco cabezota y algo agarrado con el dinero, es un buen amigo. Nos conocemos desde hace años. Antes, cuando nosotros comenzábamos en este negocio, hicimos algún trabajito juntos. Aún me debe un par de favores, así que no te preocupes, te ayudará a esconderte. Puede que tengas que estar en Rhesa por un tiempo, pero luego podrás volver a tu hogar —concluyó el mercenario, dejando que una fina sonrisa aflorara en su rostro, tratando de consolar a la joven.

—Gracias —dijo Ges, algo más tranquila al escuchar las palabras de aquel hombre.

—Decidido —anunció el robot, llamando la atención de los dos humanos, que se habían quedado mirándose por un segundo en silencio—. Disminuyendo la velocidad de salto.

Agarró con fuerza una palanca que había a su izquierda y la bajó lentamente. La intensa nube púrpura que rodeaba la nave durante el salto comenzó a desvanecerse, permitiendo a los tripulantes distinguir el universo que les rodeaba.

—Muy bien —dijo Vhan dando una fuerte palmada—. El reloj corre en nuestra contra. Tidux, haz un escaneo completo de todos los sistemas y subsistemas de la nave, yo

comprobaré los circuitos y la alimentación del motor. Vamos a hacer una lista de todas las piezas que necesitan ser reemplazas y se la enviaremos a Heilen. Esperemos que disponga de todo lo que le pidamos.

—¿Puedo ayudaros? —Intervino Ges, intentando recuperarse del todo de la tristeza que la atormentaba.

—Creo que primero deberías darte una ducha y quitarte esas ropas. —Señaló la sangre reseca de la tela—. Baja al piso inferior, a mano derecha encontrarás un camarote que puedes usar. Seguro que en el armario también habrá alguna prenda mía que pueda servirte. Luego ya nos echarás una mano —anunció Vhan, mostrando unos dientes blancos que destacaron sobre la oscuridad del espacio que les rodeaba.

2. Antiguas amistades

Rhesa era un lugar conocido por cualquier tipo de vendedor. Era la ciudad comercial más grande de toda la galaxia, ocupando más de la mitad del planeta en la que estaba asentada y que daba cabida a cualquier criatura que quisiera vender o comprar algún producto. No importaba lo que uno buscara; desde un cuchillo de aleación de cronx, fundidos sobre la superficie de una estrella moribunda y, según los grandes cocineros, los mejores de toda la galaxia. A las glándulas biliales de los insectos kruk del planeta Duls, usadas para la regeneración de los tejidos muertos.

Sin embargo, había que tener cuidado en qué zonas se metía uno, pues la mafia campaba a sus anchas en Rhesa. Muchos eran los comercios controlados con mano de hierro por dichas sociedades. Así como otros, dirigidos expresamente por ellas, en los que se vendían cualquier tipo de productos que pudieran necesitar mercenarios, criminales o gente con una ética desfigurada. Armas, esclavos, drogas, tecnología prohibida, no había nada que no tuviera cabida en aquel mercado clandestino a la vista de todos. Pues no había nadie, ni los policías, ni el gobierno, ni el ejército del planeta, ni siquiera los Guardianes del orden de la Galaxia, que no supieran lo que se hacía en las zonas oscuras de la ciudad.

A pesar de ello, ninguno se atrevía, aunque tampoco deseaban hacerlo, a inmiscuirse en sus operaciones o tratar de disolver las organizaciones que se habían formado con el paso de los años. Eso se debía a que, de esta manera, tenían un gran control sobre la mayoría de los criminales y sus actividades. Sin contar con los sobornos que se cobraban por mirar hacia otro lado y que iban directos a las arcas del Gobierno Galáctico; la asociación económica y política que formaba el pilar fundamental de toda la nebulosa.

Vhan se abría paso con lentitud a través de la gran marea de gente que se movía rápidamente a través de aquella ancha avenida mientras Ges y Tidux lo seguían de cerca, tratando de mantener en todo momento el contacto visual.

—Es por aquí —anunció el mercenario, desviándose por una calle secundaria y alejándose de las grandes arterias de la ciudad repletas de tiendas, estands y comerciantes de a pie que trataban de vender cualquier cosa que tuviera algún valor.

—No te alejes de nosotros —dijo el robot a la joven, que se había detenido frente a un tenderete para ver las pequeñas esculturas de algunas de las maravillas de la galaxia. Ella se volvió y dio varios pasos rápidos para volver junto a ellos—. Aquí es peligroso que una mujer vaya sola, y más si se trata de una mujer humana.

—No le digas eso, que la vas a asustar —espetó Vhan, haciendo que el androide se detuviera un momento para mirar a su compañero, que sonrió con complicidad—. Tidux es un poco exagerado, pero será mejor que hagas lo que dice.

Los tres se adentraron más en el laberinto de calles que componía la ciudad hasta que llegaron a su destino media hora más tarde. Un gran edificio, descolorido, con las paredes desconchadas y oxidadas por el paso del tiempo y en el que se podían distinguir las marcas

de un gran rótulo que había ocupado toda la fachada con la inscripción de: Mecánica Heilen.

—Es aquí —informó el mercenario, acercándose a la gastada puerta, que se abrió con un estruendoso chirrido.

El recibidor era una sala pequeña, cuadrada, de no más de cinco ühns de lado y totalmente cerrada. De los cuatro focos que había suspendidos del techo y que iluminaban a la estancia, uno de ellos estaba fundido y otro parpadeaba incansablemente, arrojando un poco de luz sobre las paredes de metal enmohecido. Sólo la puerta que conducía al interior del edificio poseía algo de color debido a la ancha línea amarilla que la cruzaba, indicando que se abría de forma horizontal. Esta estaba custodiada por dos robots, colocados a cada lado de la apertura. Se podía apreciar que eran más anchos y robustos que Tidux; y que su cabeza era un simple rectángulo provisto de unos ojos brillantes que parecían observar cada movimiento de los tres visitantes.

—Soy Vhan Stalix, tengo una cita con el señor Heilen. —No hubo respuesta por parte de los dos androides, pero Vhan sabía que estaban comunicando a su superior que había llegado.

—¿Qué hacemos? —Preguntó Ges, que se había acercado hasta él, algo nerviosa al encontrarse en aquel maloliente y reducido espacio.

—Esperar. Tranquila, ahora nos dejarán pasar —respondió este mientras cruzaba las manos a la espalda. Miró por un segundo a su compañero de metal, quien se encontraba junto a la entrada, completamente quieto, como si no estuviera presente—. Estoy seguro de que ya sabían que estábamos en la ciudad antes de llegar a este lugar.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, seguramente, algún informador les habrá dicho que habíamos aterrizado. En esta ciudad controlada por criminales, la información es algo muy valioso.

—¿Criminales? —Preguntó atónita la mujer—. Pero si mientras veníamos hacia aquí nos hemos topado con una veintena de policías.

—¡Qué poco sabes de la galaxia, Ges! —Exclamó Vhan con una sonrisa, divertido ante la expresión de sorpresa de la mujer—. La protección que puedes ver está totalmente comprada, no moverán un dedo para salvar a nadie si el que les paga no se lo dice antes. —El rostro de la joven se contorsionó al escuchar aquellas palabras—. Pero tranquila, nadie te va a perseguir ni a preocuparse por una simple humana en este lugar. Además, Heilen nos ayudará y dentro de poco podrás volver a casa.

—¿Me ayudará?

—Estoy seguro.

Súbitamente, las voces artificiales y metálicas de los dos robots rompieron aquella conversación, diciendo al unísono:

—Acompáñennos, el señor Heilen les está esperando.

La compuerta se abrió y el autómata que estaba a la derecha atravesó el umbral mientras que el otro les invitaba a pasar con su mano. En ese momento, Tidux pareció recuperarse de su ensueño y los tres obedecieron a los guardias, siguiendo al que había iniciado la marcha antes de que el segundo la cerrara tras ellos.

A medida que avanzaban a través del estrecho y poco iluminado pasillo, el ruido de las cortadoras y herramientas se hacía más presente en el ambiente. No cabía duda de que aquellos androides les estaban conduciendo hacia el taller, situado tras el edificio que estaban atravesando.

Tras un par de pasos más, el que encabezaba la fila se detuvo y, antes de que Vhan pudiera preguntar qué pasaba, una nueva puerta se abrió. La luz procedente del exterior se coló en el pasillo, haciendo que el mercenario emitiera un leve gruñido al tener que cubrirse con una mano para protegerse del sol.

—¡Benditos sean mis ojos, el gran Vhan ha vuelto a la ciudad! —Exclamó una voz al tiempo que el grupo emergía del corredor.

El mercenario miró hacia el ser que acababa de hablar y que se encontraba junto a la salida, esperándoles. Se trataba de una criatura bípeda, del mismo tamaño que él y con una complexión muy similar a la humana. La diferencia más importante era su cabeza, ligeramente alargada y con grandes placas de hueso a modo de pelo que creaban unas facciones angulosas y afiladas.

—Ya podías haberme dejado atracar mi nave aquí, Heilen —bufó Vhan a modo de saludo y señalando la entrada superior del taller, por el que un vehículo se alejaba hacia el cielo despejado—. Y no tener que pagar el hangar de la ciudad para que no me roben hasta los pernos del tren de aterrizaje.

—Sabes tan bien como yo que ahí está más segura que aquí dentro —respondió con una gran carcajada, dejando ver una lengua oscura tras unos dientes azulados. El carnak le tendió la mano—. Me alegro de verte.

—Yo también, hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Casi un año galáctico. ¿Qué pasa, se te ha roto el comunicador? Podrías haberme llamado antes. Me alegró mucho oír tu voz y saber que venías a verme.

—Te alegró saber que iba a hacer negocios contigo —corrigió Vhan.

—Eso también, me has pillado —comentó este, divertido, antes de mirar a sus acompañantes y dando un paso hacia la joven—. ¿A quién me has traído? Encantado, soy Heilen, seguro que este loco te ha contado muchas mentiras sobre mí.

—Gesandaryan. —Saludó ella con timidez, perdiéndose en aquellos ojos totalmente negros y brillantes que parecían contener cientos de estrellas en su interior.

—Pues yo le había dicho que eras una gran persona, humilde y trabajadora —comentó el mercenario, dejando que una sonrisa aflorara en su rostro.

—Aún no sabes mentir, querido amigo —dijo el empresario, volviéndose de nuevo hacia el humano.

—Nunca seré tan bueno como tú —replicó este—. Dejando eso a parte, ella es una amiga que necesita tu ayuda. La querían los tratantes de esclavos y tuvo la suerte de chocar conmigo. Esperaba que le pudieras echar una mano, dándole algún trabajo aquí y escondiéndola durante un tiempo, hasta que pueda volver a su casa.

—¡Claro, no hay problema! Los amigos de Vhan son mis amigos —dijo el carnak, alzando la mano de la mujer y besándola—. Seguro que encontramos algo que pueda ayudarte a volver al hogar, pero… —Se giró de nuevo para mirar a su antiguo compañero,

que arqueó una ceja, desconcertado ante aquello—. ¿No sería mejor que siguiera con vosotros? Sería bueno para un desastre como tú…

—Nuestra vida ya es lo suficientemente complicada y peligrosa para tener que preocuparme por alguien más a parte de mí mismo, el de metal. —Señaló a Tidux, haciendo que este se detuviera un segundo y analizara aquellas palabras—. Y mi nave.

—¿He oído bien, has dicho que es tuya?

—No empecemos de nuevo con lo de siempre —espetó el mercenario, divertido—. Hace eones que ya no te pertenece. La perdiste en una partida de bakum contra mí, ¿te acuerdas?

—Puedes decir lo que quieras, pero siempre será mía —alegó este—. Además, sabes perfectamente que te dejé ganar.

—Yo no lo recuerdo así.

—Es normal, la memoria de los humanos es muy frágil, un par de años y todo se desfigura.

—¿Lo has encontrado todo? —Interrumpió Tidux, al comprobar cómo los dos compañeros hablaban de temas que no tenían relación con el motivo que les había traído hasta allí. Vhan miró al robot con desaprobación al haber sido tan directo.

—Sí, habéis sido afortunados, tenía todo lo que me pedisteis —anunció Heilen, pasando inadvertida aquella intromisión y pidiéndoles que lo siguieran, al igual que hicieron los dos robots que les habían escoltado hasta allí—. Pero, decidme, ¿qué le habéis hecho?

—Ha sido con nuestro último trabajo para Bax. Era algo sencillo, pero la Garra Roja nos interceptó. Conseguimos escapar por los pelos, aunque tuvimos que sacrificar la mitad de la mercancía que transportábamos. Ya sabes que esos malditos piratas no se detienen ante nada ni nadie, así que te puedes imaginar que la nave no quedó muy bien parada.

—Yo la cuidaba más cuando era mía.

—No te preocupes, si va perfectamente. Con las nuevas piezas volverá a ir como la seda —respondió Vhan al tiempo que observaba el taller en el que se encontraban. Mirara donde mirara veía diferentes operarios que trabajaban en más de una docena de transportes—. Parece que el negocio te va bien, Heilen.

—Uno no se puede quejar, siempre tenemos algo con que entretenernos —comentó este, observando a un grupo de sus empleados que se afanaba en poner en marcha el motor de un carguero.

—¿Son esas nuestras piezas? —Preguntó Tidux al ver las tres grandes cajas, colocadas junto a un deslizador, y de las que sobresalían algunos objetos.

—Sí, un nuevo generador, dos bobinas de inducción, unos circuitos de reabastecimiento, treinta ühns de cable y la lista sigue…

—Hay un par de cosillas que cambiar —anunció el mercenario con una sonrisa, tratando de ocultar la vergüenza que tenía al pedir esa cantidad de recambios. Avanzó junto a Tidux hasta las cajas y se pusieron a comprobar el contenido de cada una de ellas. Tras unos minutos, se volvió hacia Heilen—. Parece estar todo.

—La duda me ofende. Vamos, dejemos que mis androides carguen las cajas en el vehículo de transporte mientras vamos a mi despacho y recordamos los viejos tiempos —

explicó, colocando un brazo sobre el hombro de Vhan y tirando de él al tiempo que la escolta se separaba de ellos y se acercaba hacia la mercancía—. Luego os acompañaremos al hangar donde tenéis la nave y os ayudaremos a cargarlo todo.

—Perfecto, gracias, Heilen.

—No tienes por qué darlas —comentó este, moviendo la mano para restarle importancia—. Seguidme, os invito a una copa. Hace poco me ha llegado una botella de aguardiente de fasex que tienes que probar. Así tendremos tiempo para que me cuentes la historia que has tenido con esta joven tan hermosa en Pykek.

El mercenario se zafó de su compañero con rapidez, agarró la pistola que descansaba en su pernera y le apuntó.

—Tranquilo, no voy a cobrarte la copa —dijo, alzando los brazos con diversión.

—¿Cómo sabes que me encontré a Ges en Pykek? Yo no te lo he dicho, ni ahora, ni cuando hablamos de las piezas.

—Al haber dicho lo de Bax, he deducido que sería de donde veníais. A fin de cuentas, aunque domine todo el sector Aurthon, él reside allí.

—Es cierto… —En ese momento, una idea brotó en su mente, haciendo que sujetara con más convicción el arma—. Pero no tenías por qué saber que habíamos tenido una historia en Pykek.

Heilen suspiró abatido, mirando con tristeza al humano al tiempo que bajaba las manos.

—Vale, me has pillado. ¡Muchachos!

Sus palabras resonaron sobre el taller, haciendo que los trabajadores que había a su alrededor sacaran las armas que tenían ocultas a lo largo de todo el lugar, dispuestas para ocasiones como aquellas.

—Veo que ya estabas preparado —comentó Vhan, mirando de reojo al grupo de secuaces que iba acercándose con lentitud, apuntándoles—. Cuéntame, ¿qué es lo que sabes?

—Poco, realmente poco. Puede que te marcharas con la muchacha de la estación por casualidad o intencionadamente, pero han puesto precio a vuestras cabezas. Dan cien mil créditos por cada uno de vosotros —anunció Heilen, saboreando aquellas palabras—. Lo siento.

—¡Pensaba que éramos amigos! —Exclamó con furia mientras su mano izquierda se cerraba en un gran puño.

—Ya sabes que los negocios son negocios. Da gracias de que he sido yo el que te ha cogido primero, porque ya hay muchos otros que os persiguen y que no serán tan considerados como nosotros, de eso puedes estar seguro.

—¿Y se supone que debo estar agradecido? —Bufó el humano—. Nos has traicionado por un puñado de créditos.

—No lo hago por el dinero, lo hago por ti. Entrégate, iremos a la localización de intercambio y aclararemos lo que ha pasado. Juntos les diremos que todo esto ha sido un malentendido. Les entregaremos a la joven y haremos que cancelen vuestras recompensas. Nos repartiremos el dinero de su recompensa.

—¡Bastardo! —Gritó Ges, tratando de dar un paso hacia Heilen, pero Tidux la agarró por los hombros, deteniéndola.

—¿Quién demonios se puede permitir poner esa cantidad de dinero por una simple mujer y dos mercenarios que la han ayudado?

—No lo sé. El cliente era anónimo, pero seguro que es alguien de las altas esferas. La persona con la que contacté simplemente era un mediador. Y ahora, si no te importa. —Se acercó y colocó con lentitud su mano sobre la pistola, haciendo que el mercenario la bajara poco a poco—. Lo siento, pero ahora sois mis prisioneros.

—¡Éramos amigos! Te he salvado el culo un par de veces, ¿¡y así me lo agradeces!? Vendiéndome al primer tío que pone precio a mi cabeza. ¡Me has traicionado, me has apuñalado por la espalda!



En ese momento, Vhan no pudo contenerse más y lanzó su puño izquierdo contra el rostro de Heilen. Este no se dio cuenta de sus intenciones hasta que fue demasiado tarde.

La fuerza del impacto lo echó para atrás. El mercenario se volvió hacia Tidux, gritando y lanzándose contra el suelo.

—¡Ahora!

El robot abrazó a Ges con fuerza, apretándola contra su pecho al tiempo que una onda expansiva emergía de su cuerpo y lanzaba a los secuaces hacia atrás, cayendo atontados a su alrededor.

—¡Al vehículo! —Gritó Vhan, levantándose de nuevo y disparando contra uno de los androides que había estado cargando sus recambios en el transporte y que, al estar más lejos, no había recibido el impacto de aquella explosión.

El proyectil de plasma recorrió rápidamente el lugar y atravesó la caja torácica del robot con un fuerte chasquido, dejando a la vista parte de sus circuitos, que ahora chisporroteaban mientras caía al suelo. Su compañero corrió hacia Tidux, quien llevaba a Ges en volandas hacia la nave, y lanzó su puño de metal contra este, que lo esquivó con facilidad al tiempo que dejaba a la joven en el suelo.

—Corre Ges, entra en el transporte, yo me encargaré de este —anunció mientras la mujer se alejaba hacia el vehículo, lanzando una rápida mirada hacia los dos combatientes metálicos.

El androide cargó de nuevo contra Tidux. Este alzó rápidamente su brazo derecho, desviando el golpe y haciendo que un fuerte trueno se alzara sobre el taller. Antes de que su atacante se recobrara, lanzó su mano por debajo del pecho, atravesando la parte más débil de la coraza y abriéndose paso hasta la fuente de energía que había incrustada en su caja torácica. Tiró con fuerza, arrancándosela mientras decenas de chispas se desprendían de la máquina. Tidux la miró por un segundo al tiempo que el robot caía al suelo, desactivado.

—¡Deja de perder el tiempo y enciende la maldita nave! —Ordenó Vhan, poniéndose a cubierto tras unos contenedores. Varios proyectiles pasaron por encima de su cabeza antes de impactar contra una de las columnas que sujetaban la bóveda del taller.

Tidux, que contemplaba absorto aquel corazón de metal, alzó con lentitud la cabeza para mirar al mercenario. Vhan estaba disparando contra uno de los secuaces de Heilen, que ya se había recuperado de la onda expansiva. Luego, el robot se volvió hacia el transporte y comprobó que Ges ya había llegado junto a este, adentrándose en su interior. En ese momento, un proyectil pasó junto a su cabeza, despertándole de aquella extra ensoñación.

—¡Corre, yo te cubro! —Exclamó el humano, ocultándose de nuevo tras su cobertura al descubrir que el carnak y el resto de los trabajadores empezaban a moverse de nuevo, dispuestos a contraatacar.

—¡Cogedlos! —Gritó Heilen con furia, agarrando la pistola que le tendía uno de los suyos y descargándola rápidamente contra la figura del robot, que avanzaba hacia la nave, sin conseguir acertarle.

En pocos minutos todo el hangar resonaba con el sonido de los gritos y los disparos de las pistolas y rifles de plasma. El efecto sorpresa de aquella explosión había desaparecido y ahora todos aquellos trabajadores arremetían con furia contra Vhan, quien trataba de retenerlos donde estaban sin mucho éxito.

El mercenario descargó su arma contra un grupo de bidones en los que se habían ocultado dos de sus atacantes. El primer impacto agujereó el material, pero el segundo consiguió que el líquido contenido en su interior se inflamara, creando una gran bola de fuego y engullendo entre gritos a los seres que se encontraban tras ellos. Aquello provocó un instante de turbación que Vhan aprovechó para usar su comunicador de muñeca.

—¿Cómo vas, Tidux?

—Cinco minutos —anunció el robot mientras arrancaba una placa del panel de control y dejaba a la vista centenares de cables entremezclados—. Esta gente no ha dejado las llaves puestas y tiene un sistema de identificación para los trabajadores. Tengo que saltármelo antes de hacerla funcionar.

—¡No tienes tanto tiempo! —Gritó antes que un nuevo proyectil atravesara el cielo e impactara contra aquel transporte, dejando una marca de hollín sobre el metal.

—La paciencia es una virtud…

—Si salimos de esta, juro que te desmontaré en piezas pequeñas y las venderé como chatarra —anunció entre dientes, alzándose de nuevo y disparando contra uno de sus enemigos. El proyectil impactó en el hombro izquierdo de aquel ser, seccionándole el brazo por entero.

En ese instante, una voz se alzó sobre el resto de sonidos.

—¡Alto el fuego! —Ordenó Heilen, saliendo de su cobertura para que todos los presentes lo vieran y le obedecieran al instante. Un forzado silencio invadió el taller—. Vhan, amigo, sabes que esto no puede acabar bien para ti. Habéis cabreado a gente importante, de eso no cabe duda, pero si me entregas a la joven ahora, te dejaré marchar, a ti y a tu robot. Hasta te puedes llevar las piezas para la nave. No me importa. Les diré que moriste y que no pudimos rescatar nada de los restos, solo tendrás que desaparecer un tiempo. ¿Qué me dices?

—No será capaz, ¿verdad? —Preguntó Ges, que había podido escuchar la conversación a través de la compuerta abierta del vehículo. Tidux la miró por un segundo y trató de hacer un movimiento de desconcierto con sus hombros, sin conseguir el resultado que realmente quería.

—No, Vhan no haría eso —respondió este antes de volverse hacia los circuitos de nuevo.

—¿Y podríamos irnos con total impunidad? —Inquirió el mercenario, aún protegido tras la cobertura y dejando que su voz se alzara hasta llegar hasta sus compañeros.

—O, quizás sí. —comentó el robot con la mirada fija en su trabajo. A pesar de que no les estaba viendo la cara, podía sentir las constantes vitales alteradas de la mujer y no le cabía ninguna duda de que su rostro mostraría una mezcla de emociones que preferiría no tener que calificar.

Ges salió hecha una furia del interior del transporte y, mirando al mercenario mientras apretaba los puños con fuerza, le gritó:

—¿¡Cómo te atreves!? ¿¡Te crees que soy un simple objeto con el que comerciar!?

—¡Agáchate y vuelve a la nave! —Ordenó Vhan, moviendo los brazos con rapidez.

—¿Para qué? Por si me pegan un tiro, da igual, si vas a venderme por unas piezas de tu estúpida nave.

—¡Métete dentro de una vez!

—Entonces, ¿tenemos trato? —Preguntó con lentitud Heilen, interrumpiendo la conversación entre los dos humanos a pesar de que la estaba disfrutando.

Vhan salió de su protección y miró a su antiguo compañero al tiempo que el resto de enemigos le apuntaban, preparados a descargar sus armas contra él.

—Me prometes que Tidux y yo podremos salir de aquí con las piezas, cargarlas en mi nave y largarnos sin que nos persigas.

—¡Serás…! —Gritó Ges, pero enmudeció al instante al ver cómo este se volvía y la miraba. Pudo sentir un escalofrío recorrer su espalda al notar aquellos ojos sobre ella.

—Te lo prometo. Ninguno de los míos te pondrá una mano encima. Podréis iros del planeta sin problemas. Tú solo entrégame a la joven y yo hablaré con los de la recompensa. Les diré que has muerto.

Interrumpiendo aquellas palabras, los motores de la nave de transporte rugieron con fuerza, levantando una gran nube de tierra tras ellos. Vhan aprovechó aquel momento de sobresalto para correr en dirección la nave. Cuando se encontraba junto a la compuerta se volvió hacia el carnak, apuntándole de nuevo.

—No hay trato, me has mentido, ya no puedo confiar en alguien como tú. —El mercenario disparó su arma contra él.

—¡Fuego! —Ordenó Heilen mientras apretaba los dientes y se lanzaba rápidamente hacia la cobertura para protegerse del proyectil, que pasó a escasos centühns de su cabeza.

Los secuaces descargaron su armamento contra los dos humanos. Vhan empujó a la mujer hacia el interior del vehículo, que ya se alzaba lentamente del suelo, y saltó tras ella. El carnak miró cómo los proyectiles impactaban sobre el casco metálico mientras la compuerta se cerraba y la nave se dirigía rápidamente hacia la parte superior de la cúpula. Aunque estaba furioso por no haber conseguido capturarlo, se sentía orgulloso de su antiguo compañero.

—No esperaba menos de ti, viejo amigo. —Bajó la vista hacia sus trabajadores—. ¡Dejad de disparar y perseguidles!

—¿Estáis todos bien? —Preguntó Vhan mientras los miraba y trataba de recuperar el aliento.

—¡Me has mentido! ¿Todo lo de intercambiarme era una treta? —Espetó ella.

—Claro, necesitábamos ganar tiempo, era lógico.

—Pero tú…

—No podía dejarte aquí. Daba igual lo que Heilen dijera o prometiera, ya no podía fiarme de él, me ha traicionado —respondió con rapidez, viendo como el rostro de la

mujer estaba repleto de furia y, al mismo tiempo, de gratitud. Parecía debatirse en qué hacer, de cómo responderle. Finalmente, Ges suspiró y asintió con la cabeza, dejando que una sonrisa aflorara en sus labios, divertida al darse cuenta de que había sido engañada.

—Tener amigos para que luego te traicionen —comentó Tidux antes de girar los mandos del transporte hacia la derecha. La nave se desvió de su trayectoria con un fuerte zarandeo, evitando chocar contra otro de los vehículos que se movía a su alrededor.

—Al menos tenemos las piezas —comentó el mercenario antes de volverse para ver las tres cajas que había en la parte trasera de la nave—. Ahora lo más importante es salir de la ciudad cuanto antes. Cargaremos los recambios y buscaremos algún lugar, lejos de aquí, para reparar la nave.

—¿Y, qué hacemos con los que nos persiguen? —Preguntó el robot, dejando aflorar lo que parecía ser una pizca de divertimento en su voz artificial.

—¿Cuántos son? —Inquirió Vhan al tiempo que se acercaba a la cabina para ver las imágenes del radar.

—Dos vehículos; dirigiéndose a nosotros a toda velocidad. Según mis cálculos, tardarán menos de tres minutos en alcanzarnos.

—Cuando lleguemos al hangar, coge las piezas y mételas en la nave. Ges, ayúdale. Necesitamos cargar cuanto antes los componentes y salir de aquí.

—Entendido —respondió de inmediato la joven antes de que analizara aquellas palabras y se diera cuenta de que faltaba algo—. Pero, ¿qué harás tú?

—Yo les entretendré todo lo posible —dijo él con lentitud, con la mirada fija en su pistola.

—Nos acercamos al hangar, preparaos, esto va a ser movidito.

El transporte entró a toda velocidad en el hangar, momento en el que las comunicaciones se colapsaron con los insultos por parte de los propios encargados del lugar. Tidux las apagó con un rápido movimiento de su mano mientras conducía hacia la zona en la que estaba su desfigurada nave, iniciando el aterrizaje y abriendo las compuertas.

—Daos prisa, no podré contenerles mucho tiempo —anunció el humano.

Vhan se movía con rapidez por la cabina mientras rebuscaba entre los objetos que había diseminados por el interior algo que pudiera ayudarle contra los enemigos que les perseguían. Agarró unas bengalas del kit de emergencia, el extintor que había colocado junto al cuadro de mandos y abandonó el vehículo, corriendo hacia un grupo de mercancías situadas a un par de ühns de ellos y que podrían servirle de cobertura.

Segundos después, las otras dos naves hicieron su entrada a toda velocidad, llamando la atención de los tripulantes, mercaderes y técnicos que deambulaban a lo largo del hangar. Las compuertas de ambos transportes se abrieron al mismo tiempo cuando aterrizaron, dejando que una decena de seres descendieran de estas y comenzaran a disparar en dirección a la Estrella Oscura y a sus tripulantes. Los civiles agacharon la cabeza y comenzaron a gritar, presas del pánico. Todos corrían hacia las salidas de emergencia mientras Vhan respondía con rapidez a aquella primera descarga, tratando de

defender la posición y que no avanzaran hacia ellos. A pesar de ello, estaba siendo abrumado y sus perseguidores se movían rápidamente para rodearlos.

El mercenario se agachó tras la cobertura, sintiendo cómo esta recibía los impactos. Apoyó su cabeza contra las cajas de metal, que vibraban con cada nuevo golpe, cerró los ojos e inspiró con fuerza, tratando de recuperar el aliento. Tras un breve instante, los abrió de nuevo y miró hacia su izquierda, donde descansaban los útiles que había sacado de la nave de transporte. Alargó su mano y cogió una de las bengalas, la levantó y, con un golpe seco contra el suelo, la encendió.

El fuego rojizo le iluminó la cara mientras una gran nube de humo comenzaba a elevarse hacia el techo. Esperó un momento a que los enemigos dejaran de disparar, se irguió y la lanzó hacia delante. Rápidamente volvió a agacharse para coger otra e hizo lo mismo. Antes de que aquellos seres que le perseguían supieran qué estaba pasando, una intensa humareda de color carmesí lo había envuelto por completo, desapareciendo de su vista. Disparó una ráfaga a través de aquella niebla artificial y retrocedió hacia la Estrella Oscura, agachándose para esquivar los erráticos proyectiles enemigos.

Vhan estaba a punto de esconderse tras una carretilla elevadora, que su conductor había dejado abandonada aún con las mercancías a medio alzar, cuando distinguió a dos de sus perseguidores. Los dos seres habían atravesado aquella humareda hasta la posición en la que había estado hasta momentos antes. Estos inspeccionaron el lugar vacío, desconcertados, momento en el que distinguieron a sus pies el extintor que él había dejado. El mercenario apuntó con rapidez y apretó el gatillo. La explosión lanzó hacia atrás a los dos seres y consiguió que el resto se detuviera por un segundo, intentando comprender qué acababa de pasar.

—¡Ya está todo, vámonos! —Interrumpió la voz metálica de Tidux a través del comunicador de muñeca. El mercenario sonrió al distinguir una ráfaga de proyectiles de plasma que volaban rápidamente contra sus perseguidores. El androide estaba tratando de cubrirle el regreso a la nave.

Corrió a toda velocidad hacia su compañero, situado sobre la rampa de la bodega de carga. Los disparos enemigos zumbaban a su alrededor mientras él mismo descargaba su pistola contra ellos. Pero, cuando estaba ascendiendo por la cuesta que conducía al interior de la Estrella Oscura, una de las balas de plasma impactó en su costado. Un fuerte grito de dolor emergió de su garganta al tiempo que era lanzado hacia los brazos del robot, que lo agarró con rapidez, ayudándolo a entrar y cerrando al instante la compuerta.

—¡Te han herido! —Gritó Ges al ver que gran parte de su costado se había chamuscado. La ropa había desaparecido y la carne de debajo desprendía pequeños hilillos de humo. Parte de la herida ya había cicatrizado, pero un ligero reguero de sangre seguía manando, cayendo sobre el suelo y empapando rápidamente sus ropas.

—No te preocupes, la bala solo me ha rozado, es un simple rasguño —respondió este con cierta dificultad mientras Tidux lo acompañaba hasta la cabina de control, sentándole con lentitud en el asiento del piloto—. Vamos, activa las torretas, hay que devolver los disparos.

—A la orden.

El robot apretó unos botones y, con un crujido que resonó a lo largo de toda la nave, los dos cañones que había bajo las alas se activaron. Uno de los monitores se encendió y mostró la imagen de aquellos seres, que miraban preocupados el movimiento de las torretas que ahora les apuntaban. Vhan apretó los gatillos que había instalados en los propios mandos. Dos grandes proyectiles de plasma recorrieron la poca distancia que les separaba de sus perseguidores y estallaron, engulléndoles en una gran nube de fuego y gritos de dolor.

—¡Disfrutad del fuego, desgraciados! —Exclamó Vhan con entusiasmo al tiempo que tiraba de la palanca de control y hacia que la nave se elevara.

La Estrella Oscura se alejó del origen de los disparos, atravesando el hangar a gran velocidad y elevándose sobre el cielo grisáceo que recubría la ciudad.

En poco tiempo llegaron a la frontera con el espacio, dejando que las vibraciones que hacían temblar toda la nave al abandonar la atmosfera se detuvieran en un instante y la oscuridad del universo les envolviera. De pronto, mientras Vhan se relajaba ligeramente en su asiento tras sujetar con fuerza los mandos durante la ascensión, el radar comenzó a pitar. Tidux bajó la vista hacia este y movió sus dedos en el interior de la proyección holográfica para descubrir a qué se debía aquel alboroto.

—Por eso Heilen decía que no iba a atacarnos, ya nos esperaban fuera. Un bloqueo de tres cruceros de la Federación de Comercio y Transporte.

—¿Qué coño quieren estos? —Preguntó disgustado el mercenario. A modo de respuesta, una luz roja se encendió en una de las pantallas laterales.

—Una comunicación desde la nave capital —informó el robot, abriendo el canal.

—Tripulantes de la nave en fuga. Aquí el crucero de combate, Khálsnur, de la Federación de Comercio y Transporte. Ríndanse ahora mismo si no quieren ser destruidos. —Su voz era lenta y amenazante.

—Estoy empezando a pensar que hoy es un mal día —comentó Vhan, tratando de disminuir la tensión que inundaba el ambiente.

—No lo volveremos a repetir, ríndanse o abriremos fuego.

—Un momento, por favor —pidió el humano, antes de volver a cerrar la comunicación con aquel navío de guerra y girarse hacia el robot—. ¿Crees que podríamos saltar?

—Dudo que la nave pueda aguantar mucho más. Además, ¿a dónde pretendes ir? Nos seguirán el rastro en cuanto lo hagamos.

—A las Lunas, como dijimos al principio —respondió con seriedad, pensando cada una de las palabras que pronunciaba—. Si saltamos directamente a una de las nubes de polvo estelar, los rastros del salto se perderían en ella y no podrían localizarnos. Sabrían la dirección del salto, pero sus sensores no conseguirían distinguir la posición real de la nave. Al menos, el tiempo suficiente para arreglarla y buscar un nuevo escondrijo donde guarecernos.

—¿Sabes que dentro de las nubes hay hielo y rocas, verdad? Si calculamos mal, aunque sea solo por unos ühns, acabaremos estampados contra algo, y eso no sería muy bonito.

—¿Puedes hacerlo o no? —Preguntó, viendo como la pantalla volvía a iluminarse con una nueva comunicación.

—Sí, tengo la suficiente información del sistema como para calcular un lugar no peligroso, o eso espero. Pero necesito unos minutos para establecer unas coordenadas seguras, que diría que no tenemos —anunció este mientras la pantalla que tenía frente a él comenzaba a inundarse de datos—. Sin contar que deberíamos atravesar el bloqueo antes de realizar el salto. Esos cruceros podrían provocarnos interferencias y desviarnos de nuestro agujero de salida, convirtiéndonos, casi con toda probabilidad, en chatarra estelar.

—Eso déjamelo a mí —anunció, tocando el comando para restablecer la comunicación—. Lo sentimos, Khálsnur, tenemos algún que otro problemilla con los sistemas de control. Vamos a avanzar hacia ustedes para rendirnos.

—Negativo, apague el motor inmediatamente. Enviaremos una cápsula para abordarle.

—¡Mierda, son listos! —Exclamó al tiempo que empujaba las palancas de aceleración hasta el máximo, haciendo que los cuerpos de los tres se clavaran aún más en el asiento y el corazón de la nave rugiera con mayor intensidad.

Antes de que alguno pudiera decir algo, los cruceros de la Federación comenzaron a disparar contra ellos. Los proyectiles pasaban rápidamente a su alrededor al tiempo que el radar alertaba de que una veintena de cazas habían emergido del interior de la nave capital y se dirigían hacia ellos a toda velocidad. A pesar de su rapidez pudieron ver su estructura; pequeñas, con capacidad para un solo piloto y con unas largas alas que brillaban con los reflejos de la estrella lejana. Sus formas recordaban a las grandes aves marinas del sector Qua, moviéndose entre las corrientes de aire. Del interior de su alargada cabina de mando emergían dos cañones de plasma, que apuntaban hacia delante. Bajo las alas, y ocultos entre las sombras de la propia nave, varios misiles apuntaban amenazantemente hacia la Estrella Oscura, dispuestos a ser lanzados con una simple orden. Vhan se agarró más fuertemente a los mandos pues había escuchado en demasiadas ocasiones de lo que eran capaces aquellos cazas de combate.

Ges se agarraba a los lados del asiento mientras la Estrella Oscura se zarandeaba de un lado a otro, tratando de evitar a sus perseguidores, que ya llenaban todo el espacio a su alrededor. Tidux se encontraba en trance, totalmente quieto y en silencio mientras Vhan, por su parte, apretaba los dientes, sujetando con fuerza los mandos; acercándose a toda velocidad hacia los cruceros para que sus cañones de larga distancia fueran inútiles.

De pronto, un fuerte pitido resonó en la cabina.

—¿Qué es eso? —Preguntó Ges, estirando el cuello para intentar ver qué indicaba la pantalla que se había iluminado.

—Nos han fijado y nos han disparado dos misiles —respondió Vhan con naturalidad, haciendo que el corazón de la joven diera un vuelco—. Pero no te preocupes, tenemos contramedidas para poder evadirlos —informó, apretando unos interruptores que había a la derecha de los mandos.

Se oyó un extraño soplido en la parte trasera de la nave y el mercenario giró las palancas. La nave empezó a realizar una serie de tirabuzones a medida que se alejaba de

los señuelos que acababa de lanzar. Unos instantes después, el pitido cesó, dejando la cabina en completo silencio.

—Coordenadas fijadas —informó Tidux, rompiendo el embrujo que hasta aquel momento le había invadido y terminando de teclear unos datos en el ordenador central.

—Perfecto, ahora destina toda la energía a los propulsores. Necesitamos darnos el impulso suficiente para atravesar el bloqueo. —El robot asintió al tiempo que accionaba unos interruptores y las luces de toda la nave se apagaban—. Agarraos fuerte, aún nos queda lo más difícil.

Los tres tripulantes se clavaron en los asientos debido al impulso del motor. Los cazas de la Federación pasaban a su lado a toda velocidad, disparándoles y haciendo que Vhan tuviera que concentrarse por completo en aquella tarea para evadir los proyectiles que surgían de todos lados y conseguir que no volvieran a fijarlos con los misiles. A medida que aceleraba, el crucero que tenían delante crecía por momentos, ocupando ya toda la visión y haciendo que la señal de obstáculo próximo resonara en la nave.

—¡Cambia el rumbo, nos vamos a estrellar! —Anunció Tidux al ver cómo la distancia entre ellos y aquella nave de combate disminuía rápidamente.

—¡No, un poco más! —Gritó él, pidiendo más potencia al motor, que ya estaban al máximo.

—¡Mil ühns!

—¡Solo un poco más!

—¡Cuatrocientos, enderézalo o nos estrellaremos! —Volvió a mirar la pantalla—. ¡Dos cientos, Vhan!

El mercenario apretó los dientes y tiró con fuerza de la palanca de mando, haciendo que el morro se alzara ligeramente, pasando a toda velocidad sobre el casco enemigo, a menos de una veintena de ühns. De pronto, el suelo gris que formaba el crucero desapareció tras ellos, dejando solo el espacio por delante.

—¡Ahora, saltemos! —Ordenó con energía, fruto de la adrenalina que recorría su cuerpo.

—Saltando… —indicó Tidux, tirando de la palanca.

Una densa nube púrpura rodeó el cristal delantero al tiempo que una fuerte presión golpeaba los cuerpos de los tripulantes. La nave fue arrastrada hacia su interior y las estrellas desaparecieron del firmamento en un instante, al igual que las señales del radar, dejándoles totalmente solos. Vhan suspiró aliviado, soltando los mandos y dejándose caer sobre el asiento.

—Tiempo de vuelo, doce horas, eso si no explota la nave antes —anunció el androide, rompiendo el silencio que por un momento había reinado en la cabina.

—Vamos a ver si tus cálculos son correctos—dijo el humano, dejando que una sonrisa invadiera su rostro exhausto.

—Tranquilo, lo he calculado cien veces —comentó orgulloso.

—Eso espero, porque, de no ser así, o nos convertimos en puré estelar o bien saldremos fuera de la nube. En cuyo caso tendremos que volver a saltar antes de que nos detecten.

Y no creo que la nave esté para hacer muchos más esfuerzos. —Se volvió hacia Ges, que aún se mantenía agarrada al asiento, aterrada ante las maniobras del piloto—. Es momento de que nos digas de qué va esto, creo que nos debes una buena explicación…

Vhan se aferró al reposabrazos y agitó ligeramente la cabeza. Estaba mareado y tenía el rostro pálido. Sus compañeros le miraron por un momento al comprender que algo iba mal y se dieron cuenta de que gran parte de su asiento estaba teñido de rojo. Con la emoción de la huída ninguno se había acordado de que aquella herida seguía abierta, manando sangre sin parar. El mercenario se llevó una mano al costado, que se manchó en un instante mientras sus ojos se cerraban con rapidez, sumiéndose en la inconsciencia.